

un tiempo de ilusiones cívicas. Recojo sólo el testimonio de Julio Álvarez del Vayo, socialista, Ministro de Estado. En su libro *La Guerra empezó en España. (Lucha por la libertad)*, publicado en la editorial Séneca, en 1940, al comienzo de su exilio, recuerda con orgullo la resistencia al fascismo de un pueblo español abandonado por las democracias europeas. Y, casi con el mismo orgullo, ofrece datos sobre las inversiones republicanas en educación: «En la esfera cultural, el trabajo de la República fue igualmente asombroso. En el momento de la caída de la Monarquía no había en España más que 37.599 maestros de escuela, todos miserablemente pagados, para una población de 23.000.000 de habitantes. Para tres millones de niños, no había ninguna escuela y el analfabetismo era una plaga nacional. Existían graves defectos en el sistema educativo de las escuelas secundarias y de las universidades y las ventajas de este tipo de educación estaban reservadas exclusivamente a una clase social reducida. Durante los primeros dos años de la República, entre 1931 y 1933, se construyeron 10.000 escuelas, y se nombraron 20.000 maestros. Este trabajo, interrumpido durante el tiempo en que las derechas estuvieron en el Poder, fue renovado y acelerado por el Gobierno del Frente Popular desde febrero de 1936. Sin embargo, cuando llegó a su punto culminante, fue durante la guerra. En los 18 meses transcurridos desde julio de 1936 a diciembre de 1937, se abrieron en la zona republicana 6091 escuelas nuevas, y los sueldos de los maestros fueron elevados a un *mínimum* de 4000 pesetas. En el Presupuesto de 1937, el Gobierno republicano asignó la suma de 20.000.000 de pesetas para muebles y material escolar en la zona leal, cifra más de dos veces mayor que la presupuestada por el último Gobierno monárquico para todas las escuelas de España. Al mismo tiempo, se dedicaron 7.250.000 pesetas para ropa y cantinas escolares, contra 450.000 pesetas destinadas a este propósito en el último presupuesto monárquico».

El orgullo republicano a la hora de recordar sus inversiones democratizadoras en la ilusión pedagógica suponía una legitimación ética de las aspiraciones que la España leal había defendido desde 1931 hasta 1939. La educación se presentaba y se había defendido como el punto de encuentro de una democracia social que unía el trabajo y la cultura, es decir, los derechos económicos

de todos los ciudadanos, la comunidad objetiva de la razón y el esfuerzo individual y colectivo a la hora de asegurar un Estado de Derecho. Ningún ejemplo más claro de esta vertebración de España, obligada a unir la solidaridad económica y la cultura, que la promulgación del decreto que funda las Misiones Pedagógicas el 29 de mayo de 1931. Consolidar el Estado significaba llevar a los pueblos museos y bibliotecas ambulantes, organizar cursos para maestros, programar en los lugares más olvidados sesiones musicales, teatrales o cinematográficas. El Patronato fue presidido por Manuel Bartolomé Cossío, un hombre de la Institución Libre de Enseñanza. Se había hecho famosa la respuesta de Francisco Giner de los Ríos cuando se anunció una visita de Alfonso XIII a la Institución. El pedagogo había aceptado educadamente la visita del rey, pero avisando que la casa tenía dos puertas, y que, entrando el monarca por una, él saldría por la otra. La ilusión histórica de la República hizo posible lo contrario: que el monarca saliera de España por una puerta y que el contrato pedagógico entrara por otra. Del Patronato de las Misiones Pedagógicas formaron parte personalidades como Marcelino Pascua, María Luisa Navarro, Pedro Salinas y Antonio Machado. Trabajaron, además, en el proyecto, algunos de los nombres más significativos de la sobrecargada juventud española: Alejandro Casona, Luis Cernuda, Ramón Gaya, Antonio Sánchez Barbudo o María Zambrano.

Para comprender la dimensión cultural y humana de las Misiones Pedagógicas, podemos atender brevemente a los casos de Alejandro Casona y de Luis Cernuda, dos personalidades de carácter muy distinto. Casona recibió el Premio Nacional de Literatura por su libro *Flor de leyendas* (1932), una colección de relatos que había intentado dignificar la literatura infantil, reelaborando con calidad estilística algunas de las tradiciones legendarias más conocidas. Tan notable es, y tan propio de la época, que se intentase dignificar la literatura infantil como que el Estado concediese al intento un Premio Nacional. Hay más detalles que conviene atender. Una de las narraciones, titulada «Villancico y pasión», nos habla del pesebre en el que nació el niño Dios de los cristianos. Cuando la familia sagrada está viviendo el abandono de su miseria, llega otra familia, que unía la desesperación a la pobreza, porque su hijo pequeño sufre el mal carnívoro de la lepra. Los lec-

tores no se sorprenden de que la Virgen María no supere con humanidad el horror por el posible contagio, ya que al fin y al cabo puede ejercer el amor con una seguridad divina. La sagrada familia no sólo no rechaza al enfermo contagioso, sino que lo cuida y lo cura de forma milagrosa. 33 años después, Jesús y el niño leproso coinciden en el Monte Calvario, condenados a la misma muerte. El buen ladrón se dispone a morir sin seguridad divina, y quizá por eso recuerda su infancia sin contrato pedagógico. Fue la miseria y la falta de oportunidades la que condujo sus pasos a una condena de muerte: «¿Por qué me acusan de vivir fuera de la ley si nunca me han dejado vivir dentro? De niño sólo conocí el borde de los caminos (...) Nací, como los míos, marcado por el mal y la miseria». Sin duda otro detalle significativo, que quizá sorprendiese a algún lector de la época acostumbrado a las seguridades divinas, es que el episodio bíblico fuese colocado en el territorio de las leyendas, junto a las historias de *Mil y una noches*, las complicaciones sentimentales de *Tristán e Iseo* o el arco y la flecha de Guillermo Tell.

También resulta ilustrativa la forma en la que Luis Cernuda, el poeta de carácter más difícil de toda la poesía hispánica contemporánea (y es mucho decir), recuerda un tiempo de ilusión republicana encarnado en las Misiones Pedagógicas. Las evocaciones de *Historial de un libro* (1958) suspenden por un momento las meditaciones muy inteligente sobre la poesía, suspende también la pulsión de ofensas, rencores y movimientos esquivos, para recordar un tiempo en el que el poeta se sintió útil. Llegada la Guerra Civil, no dudó a la hora de elegir bando: «Desnudas frente a frente vi, de una parte, la sempiterna, la inmortal reacción española, viviendo siempre, entre ignorancia, superstición e intolerancia, en una edad media suya propia; y de otra (yo en pleno *wischful thinking*), las fuerzas de una España joven cuya oportunidad parecía llegada. Luego me sorprendería, no sólo la suerte de salir indemne de aquella matanza, sino la ignorancia completa de ella en que estuve, aunque ocurriera en torno mío. (...) Nunca otra vez en mi vida he sentido como entonces el deseo de ser útil». Las desilusiones no tardarían en llegar para un Cernuda siempre precavido. Pero por una vez en su historia se sintió útil, interesado en participar de un proyecto público, unido por